

Las cinco crisis de la universidad*, por JAMES A. PERKINS**

Empecemos por indicar que la universidad no atraviesa una crisis, sino varias. Cualquiera de ellas sería por sí sola suficiente para provocar un trastorno grave. Señalemos además que esas crisis están estrechamente relacionadas entre sí. En lo que atañe a su solución, requerirá probablemente una modificación radical de la organización, la estructura y los fines de la universidad.

Naturalmente, la primera de esas crisis es la relativa al número. En todo el mundo, el aumento más importante del número de alumnos corresponde en cifras absolutas a los grados primario y secundario. En cambio, en términos de porcentaje, el incremento mayor se ha producido en la enseñanza superior. Aunque los datos varían de un país a otro, cabe afirmar sin temor a equivocarse que el número de estudiantes que ingresan en la enseñanza superior se ha duplicado entre 1960 y 1970. Puede también predecirse sin sombra de duda que la matrícula del tercer grado, ya pletórica, se duplicará en el transcurso del próximo decenio. Aunque fuera el único problema planteado, tan extraordinario crecimiento ejercería ya por sí solo una presión casi insostenible sobre la mayoría de los establecimientos de enseñanza superior de casi todos los países.

La causa o, mejor, las causas últimas de este aumento de la matrícula de la enseñanza superior radican, a nuestro juicio, en las exigencias de la sociedad tecnológica moderna. Cada vez es más acuciante la necesidad de mano de obra

con capacitación plena o parcial. No hay un solo país, no hay un solo pueblo que tenga la menor posibilidad de incorporarse a la civilización moderna si sólo una parte de su población recibe enseñanza secundaria. Y ningún país, ningún pueblo podrá contar con los núcleos dirigentes que necesita una sociedad desarrollada si sólo un número muy reducido de personas alcanza a graduarse en la universidad.

Evidentemente, no cabe ser demasiado categórico en lo que atañe a las cifras mínimas de la matrícula de la enseñanza superior en los diversos países. Por mi parte, pienso que, en una sociedad moderna, esas cifras son aproximadamente: un 30 por 100 de escolarización en la enseñanza secundaria de los jóvenes en edad de hacerlo, un 5 por 100 de asistencia a la universidad de los jóvenes con la edad correspondiente.

Ello no significa que, con un 30 por 100 de alumnos provistos de un título de enseñanza secundaria y un 5 por 100 de estudiantes poseedores de un título universitario, un país disponga ya de los especialistas que necesita una sociedad desarrollada. Significa simplemente que, mientras no se alcancen esos niveles mínimos, un país tiene escasas posibilidades de desempeñar un papel en el ámbito internacional. Y si el país aspira a ejercer una función dirigente, tendrá que alcanzar porcentajes de escolarización todavía mucho más altos.

Es de deplorar que los progresos realizados hacia la obtención de objetivos tan limitados como éstos no hayan sido en todas partes suficientemente importantes. Vastas regiones del mundo están todavía lejos de esas cifras mínimas. Y son también muchos los países en los que la expansión de la enseñanza secundaria y universitaria tiene lugar mientras sigue librándose la batalla, ni mucho menos ganada, contra el analfabetismo.

Todavía existen este año cerca de 800 millones

* Artículo tomado de *El Correo de la Unesco*, donde se publicó en junio de 1970.

** James A. Perkins, norteamericano, es presidente y director del Center for Educational Enquiry, de Nueva York. Participó en el coloquio internacional organizado por la Unesco en febrero de este año sobre el tema «Educación y desarrollo del hombre», presentando en el mismo un importante estudio sobre «Las crisis de la universidad», en el que se basa el presente artículo. El profesor Perkins es miembro del Comité Asesor Internacional para la Reforma de la Educación en España.

de adultos analfabetos en todo el mundo, pesada carga que los países en vías de desarrollo deben soportar en la lucha por su modernización. De todos modos, la mayoría de los países han democratizado su sistema de enseñanza secundaria. Hasta ahora, esta enseñanza no era en muchos países más que el camino, estrecho y selectivo, para llegar a la universidad. La entrada en ésta dependía de una severa selección de los alumnos de la enseñanza secundaria, selección que se obtenía mediante una serie de exámenes iniciados a la edad de once o doce años. Dentro de este sistema, ciertos países podían muy bien adoptar el principio de permitir la entrada en la universidad a todos los alumnos que terminaran la enseñanza secundaria.

Pero, con el aumento del número de alumnos en la enseñanza secundaria, el principio tradicional de permitir el ingreso casi automático en la universidad dio como resultado una matrícula de estudiantes cuyas proporciones frisaban a menudo el absurdo. Un ejemplo: las universidades de París y de México poseen, cada una, una matrícula de más de 100.000 estudiantes.

Los países que han intentado poner dique a esta marea estudiantil negando la entrada en la universidad a una gran parte de los alumnos salidos de la enseñanza secundaria han tenido que hacer frente a una vigorosa oposición social, igualada solamente por la reacción no menos violenta de los estudiantes que, al ingresar en la enseñanza superior, descubrieron que no se habían previsto puestos para ellos.

La conclusión principal que de esas cifras se desprende es que hemos abierto de par en par las puertas de la enseñanza secundaria, pero contentándonos con organizar la superior sobre las bases tradicionales de la especialización y de la selección rígida. En esta inadecuación entre las cifras y la ideología social reside el origen de la crisis provocada por la superpoblación de las universidades. Nos empeñamos en escanciar el océano en nuestro vaso y es natural que nos mojemos.

La segunda de las crisis que atraviesa la universidad es de índole financiera. Esta crisis se deriva directa, aunque no exclusivamente, de la crisis de superpoblación. Por no haber sido capaces de prepararnos ni en el plano de las ideas ni en el de la administración para resolver el problema de la duplicación de la matrícula universitaria que se ha producido entre 1960 y 1970, tenemos que enfrentarnos hoy de golpe con enormes necesidades financieras sin haber elaborado la política fiscal y el sistema de impuestos adecuados. El resultado ha sido la escasez y el déficit en todos los aspectos, incluyendo la mano de obra y el dinero.

Los presupuestos de las universidades han tenido que hacer frente no sólo a la duplicación del número de estudiantes, sino además a los gastos imprevistos originados por el mantenimiento de los viejos esquemas, inútilmente costosos. Lo curioso es que, durante esos diez años

últimos, apenas ha mejorado la productividad de la enseñanza superior, mientras aumentaba el coste por estudiante. Y ha sido el tesoro público —en muchos países él sólo— el que ha tenido que soportar las consecuencias de esos múltiples factores y del aumento acelerado de los presupuestos.

Como resultado de estas dos crisis entre sí relacionadas —superpoblación y multiplicación de los gastos—, apenas hay universidad en el mundo que no deba hacer frente a dificultades serias, a veces incluso catastróficas, de índole financiera.

No resulta difícil prever las consecuencias de semejante situación. La primera es un enorme aumento de la inversión de fondos públicos. Los derechos de matrícula pagados por los estudiantes han aumentado constantemente. Sin embargo, en los países que han costado en gran parte la enseñanza superior con esos derechos, el porcentaje de gastos que las universidades pueden soportar ha disminuido considerablemente. De ahí que la proporción de los fondos públicos haya aumentado constantemente en cada presupuesto universitario.

Otra consecuencia natural de la crisis de la universidad es el robustecimiento del control público sobre los gastos universitarios, fenómeno que, a su vez, ha dado lugar a graves problemas en relación con el futuro de la autonomía de cada establecimiento en particular y del sistema de enseñanza en general. Como la proporción del presupuesto de educación aumenta en el presupuesto general del Estado, es inevitable que se acentúe la exigencia de intervención pública.

De ahí que los encargados de la gestión universitaria tengan que preocuparse de las múltiples relaciones nuevas que se establecen entre la universidad y el gobierno. En los muchos países donde la enseñanza superior se ha costado casi exclusivamente con fondos públicos, el establecimiento de nuevas relaciones entre universidad y gobierno no plantea serios problemas, pero se observa ya que la opinión pública reclama un control estatal más severo de los gastos universitarios.

En los países donde la enseñanza superior se ha costado en gran parte con fondos privados, como ocurre en los Estados Unidos, Japón y la India, la necesidad de depender cada vez más de los fondos públicos crea una especie de trauma universitario. Nunca es agradable tener que enajenar la propia independencia por razones financieras.

La tercera crisis es la relativa a la adecuación de los planes de estudios. La cuestión es importante en varios sentidos. En primer lugar, la enseñanza tradicional satisface mal las necesidades más vitales de los países en vías de desarrollo e incluso las de ciertos países menos nuevos que hoy se hallan en curso de modernización.

Por ejemplo, las universidades de América Latina, cuya enseñanza se centra esencialmente en el derecho, la medicina y las letras, no parecen

adaptarse plenamente a las nuevas exigencias de los estudiantes, los cuales reclaman vigorosamente la formación especializada que requiere la gestión de unas sociedades caracterizadas a la vez por su sistema democrático y por su tecnología complicada.

En los Estados Unidos, como en otros muchos países, son los estudiantes los que han provocado la tercera crisis de la universidad, la de la adecuación y eficacia de los planes de estudios. Dos son las cuestiones que se plantean en relación con este problema. La primera se refiere al valor formativo de las disciplinas fundamentales. Se trata de lograr un equilibrio entre las letras, las ciencias sociales y las ciencias naturales que la mayoría de las universidades han enseñado hasta ahora o se aprestan a enseñar.

La segunda atañe a la eficacia de la formación adquirida. Efectivamente, además de tratar de equilibrar los planes de estudios relativos a las tres grandes esferas del conocimiento, la universidad debe buscar un equilibrio entre la enseñanza teórica y la práctica. Evidentemente, cuanto más reciente es la formación de un país, más urgente es la necesidad que tiene de conocimientos prácticos. En cambio, en los países más desarrollados conviene establecer un mayor equilibrio entre la formación teórica y la práctica.

Pero el problema que plantea la contradicción entre estudios aplicados y estudios teóricos, entre formación adaptada a las necesidades y formación tradicional, no es fácil de resolver en los países de formación reciente. En efecto, la adquisición de conocimientos prácticos no puede llegar muy lejos si no se vincula estrechamente con una formación de índole más teórica.

Son muchos los profesores y científicos que se percatan de que, para ello, necesitan mantener contacto con los profesores y científicos de los países más desarrollados. A este respecto, existe un serio peligro de colonialismo intelectual que podría impedir a las universidades de creación reciente conseguir la diversidad y la autoridad características de las universidades de los países desarrollados con las que mantienen relaciones.

En todo caso, la imperiosa necesidad de los estudios prácticos persiste y continuará dominando seguramente la actividad universitaria de los países en vías de desarrollo, pero sin que ello sea a expensas de la enseñanza de las disciplinas tradicionales.

Hay otra indicación que hacer en relación con el problema de la eficacia de los planes de estudios. A medida que aumentaba el número de estudiantes, se ensanchaba la base social de la que procedían. Hoy nos encontramos a menudo con una especie de «primera generación universitaria», ya que los padres no hicieron estudios ni hubo tradición familiar que preparara al estudiante para la dura tarea de adquirir el saber.

Además, numerosos estudiantes pertenecen a grupos sociales minoritarios o en situación desventajosa. Como consecuencia, hay que demostrarles que su porvenir depende de su formación

universitaria, y no sólo a ellos mismos, sino también a su familia, que difícilmente puede renunciar a su ayuda. De ahí que los estudiantes procedentes de esas capas exijan a menudo la prueba indiscutible de que existe una sólida relación entre lo que se les enseña y los agobios y problemas del medio social del que proceden.

Esto es algo que ha podido comprobarse claramente en los Estados Unidos, donde muchos estudiantes negros reclamaban cursos que pudieran ayudarles a mejorar la vida de los *ghetos* de donde procedían. En América Latina, el indio de Bolivia, de Colombia y del Perú pedía una formación que les ayudara, a él y a su familia, a salir de la implacable miseria tradicional. Tal es también la actitud cada vez más explícita, aunque quizá expresada en forma menos bronca y radical, de los estudiantes procedentes de las ciudades industriales de Inglaterra y de las provincias meridionales de Italia.

No hace falta ser un gran experto en la materia para captar la relación que existe entre el número de estudiantes, el coste de los estudios y la adecuación de los planes de estudios. Dispensar una enseñanza que satisfaga una gran variedad de exigencias resulta costoso. A su vez, el aumento de los costes impone la obligación de demostrar que la enseñanza se adecúa cada vez más a sus fines sociales. Y puesto que la universidad trata de satisfacer la demanda de planes de estudios adaptados y variados, es de esperar que crezca el interés por la formación universitaria. Con lo cual queda cerrado el círculo vicioso que forman el número de estudiantes, el coste de los estudios y el carácter de los planes de estudios.

Resulta irónico observar que, en la situación actual, las crisis a que venimos refiriéndonos son en buena parte resultado del acierto con que la universidad ha sabido adaptarse a las necesidades de sus diversos públicos. Y a medida que la universidad consigue esa adaptación, sus problemas aumentan en vez de disminuir.

Pero ni siquiera esas tres crisis mutuamente relacionadas—costes, número de estudiantes, planes de estudios—determinan por sí solas el ambiente en que la universidad lucha por cumplir su misión. Hay otros factores más graves que han complicado enormemente la tarea de organizar y administrar la universidad. Y esto nos lleva a la cuarta de las crisis que ésta atraviesa: *la crisis de las nuevas prioridades*.

En los comienzos de la década de 1960 a 1970, al menos en los países más desarrollados, las minorías dirigentes empezaron a modificar profundamente las prioridades sociales, pasando de una política basada en el enriquecimiento constante, en el pleno empleo y en el mantenimiento de la paz gracias al poder militar, a otra inspirada en la preocupación por la justicia para con los grupos minoritarios y los pobres, por el mejoramiento del medio y por el mantenimiento de la paz mediante la subordinación de las ambiciones nacionales a la idea de la comunidad

internacional. No todos los países experimentaron estos cambios de la misma manera y en el mismo grado. Pero no cabe duda de que esa transformación radical comenzó a producirse durante la pasada década.

Característico de esa evolución ha sido que los jóvenes hicieran suyas las nuevas prioridades, mientras los adultos, que conservaban un vívido recuerdo de la crisis económica de 1930 y de las dos guerras mundiales, se mostraban reacios a abandonar su convicción de que lo importante era aumentar el producto nacional bruto y mantener la paz mundial, en caso necesario, por las armas.

Ya se ha discurrecido a porfía acerca del foso que separa a las generaciones. Es cierto que ese foso ha existido siempre, pero algo nuevo ha venido a añadirse últimamente. A medida que la sociedad se moderniza, el individuo se libera de las limitaciones y de los deberes que le imponen la tribu y la familia. Una sociedad moderna exige, y fomenta, la movilidad. Los niños y los jóvenes van a la escuela, mientras los adultos se ven arrastrados por el torbellino de la vida profesional. De este modo, los jóvenes disponen de libertad para crearse su propia cultura y su propia sociedad.

Esta ruptura entre generaciones habría bastado para suscitar toda una serie de arduos problemas sociales, aun cuando la nueva generación no hubiese hecho suya la ferviente preocupación por la justicia y por la paz. Pero la independencia, alimentada por un celo fervoroso; el extrañamiento y desapego, fomentado por la desconfianza, y el separatismo, exagerado por las profundas discrepancias de carácter filosófico, contribuyeron a que las universidades tuvieran que enfrentarse con problemas que no eran simplemente complejos, sino explosivos. Y lo eran porque las generaciones que llegaban a la universidad manifestaban, en relación con los problemas de la superpoblación, del coste de los estudios y del contenido de los planes de enseñanza, un descontento multiplicado por la cólera contra la sociedad en general, de la que la universidad constituía una parte cada vez más importante.

En tales condiciones, era inevitable que, mientras se esforzaba por satisfacer sus prioridades propias, la universidad considerara muy difíciles de satisfacer las nuevas preocupaciones sociales de los estudiantes. En efecto, sólo habrían podido serlo si éstos hubieran aceptado que la universidad fuera un foro neutral en el que debatir esos graves problemas exteriores. Pero, al identificarse tan íntimamente con la sociedad que la mantenía, la universidad, además de ser un instrumento de investigación, se convertía inevitablemente en un objeto de oposición. Esta cuarta crisis de la universidad es el resultado de un grave dilema aún no resuelto: se trata de decidir si la universidad tiene más valor como terreno neutral para la investigación y los de-

bates intelectuales o como palacanca para una reforma de la sociedad.

En general, cuando las sociedades pasan por periodos de división, las universidades experimentan dificultades para asentar su neutralidad, o en todo caso para mantenerla. En cambio, cuando una sociedad se apoya en un consenso suficientemente general en torno a sus finalidades esenciales, la neutralidad de la universidad es mucho más fácil de establecer.

No es, pues, de extrañar que los países que más dificultades han tenido con sus universidades sean aquellos que experimentan más profundas divisiones en materia de ideología y de programas sociales. Las universidades se debaten hoy con este problema enormemente complejo, que ha adoptado un cariz netamente político.

La mayoría de los sistemas intentan abrir un camino entre esos dos extremos—la neutralidad y el activismo—, manteniendo un máximo de independencia de la universidad respecto de la sociedad, pero haciendo al mismo tiempo concesiones en cuanto a la política de ingreso en la universidad y a la modificación de los planes de estudios. El número de estudiantes, los costes y el contenido de los planes de enseñanza son cuestiones enormemente importantes, pero el problema esencial es, repitámoslo, el del papel y la misión de la universidad. ¿Constituye ésta un foro neutral y cerrado para la libre expresión del pensamiento o un instrumento para el mejoramiento de la sociedad? La discrepancia general en relación con este punto ha provocado una crisis que ha venido a enconar las otras.

Pero, todavía más allá de la crisis del carácter y de la misión de la universidad, hay otra crisis aún más profunda que amenaza la noción misma de universidad. *Esta quinta crisis tiene su origen en un nuevo escepticismo que niega la posibilidad de un pensamiento objetivo y racional.* Se necesitaría todo un libro para tratar de desbrozar la compleja maraña que constituye la historia de nuestro siglo y para explicar el ataque cada vez más amplio contra la racionalidad del hombre e incluso contra su potencial de racionalidad.

Baste ahora con decir que la cómoda creencia occidental en un hombre razonador instalado en un mundo razonable y capaz de dominar cada vez más su medio en beneficio de la evolución de la humanidad entera, es una idea que con cada año que pasa se vuelve más anticuada. En su lugar está surgiendo una especie de misticismo y la creencia de que es en los dominios oscuros del espíritu, en los sentidos y las sensaciones más bien que en el pensamiento, en el sentimiento más bien que en el estudio objetivo del mundo que nos rodea, donde encontraremos probablemente la verdad.

Todo esto ha minado una de las nociones esenciales en las que se basaba la universidad: la de que es posible acumular los conocimientos y que la razón de ser de la universidad es permitir su exposición racional. Si se atacan estas

ideas, se pone en tela de juicio la idea misma de universidad.

Resumiendo, la universidad se enfrenta con cinco crisis: la del número, la financiera, la de la adaptación, la de los prioridades y la del escepticismo.

¿Es por ello de extrañar que el problema de la universidad sea al mismo tiempo universal y urgente? Cualquiera institución que en tan breve periodo de tiempo hubiera tenido que hacer frente a tal cascada de crisis concomitantes se habría tambaleado. Uno de los milagros del siglo es precisamente que la universidad haya sobrevivido contra viento y marea.

Un profesor que sólo por breves periodos desempeñe el papel de rector o de decano difícilmente podrá comprender los problemas, y menos aún resolverlos, en el escaso tiempo que le es impartido. Desde que en las universidades del mundo entero se vienen produciendo graves disturbios, apenas habrá un profesor universitario eminente que considere como un ascenso apetecido el nombramiento para un puesto de dirección. Una vieja tradición protege todavía al profesor en su cátedra o en su laboratorio, pero no al decano o al rector en su despacho.

Por su parte, quienes se hallan embarcados

en la actual revolución social y reclaman la participación de la universidad en ella, difícilmente estimarán que las funciones tradicionales de los profesores, de los estudiantes y de la Administración son acordes con los objetivos que se proponen conseguir. Sería sobremana erróneo creer que la nueva distribución de atribuciones que hoy se está gestando tiene simplemente su origen en la madurez de los jóvenes que ingresan en la universidad. El verdadero móvil de esa exigencia de un nuevo modo de gestión es el descontento de quienes ponen en entredicho los planes de estudios universitarios y creen en la necesidad de nuevas formas de gestión para que la universidad adopte una orientación totalmente distinta.

Se ha solido considerar la crisis de la universidad como una crisis de gestión. Quizá esto sea exacto, pero es imposible entender esa crisis de gestión mientras no se comprenda que es la suma de las otras cinco crisis. No hay nueva carta universitaria que pueda abarcar y resolver todos los problemas con que se enfrenta la universidad. Para que ésta sea capaz de asumir en nuestro nuevo mundo su misión histórica, habrá que dar pruebas, tanto dentro como fuera de la universidad, del más refinado arte de gobernar.